

## LOS RIESGOS DE LA MONOCRACIA

Los sucesos checoslovacos son ejemplares. Mientras se desarrollan, muchas hipótesis se verifican y otras estallan en trozos menudos. Se trata, pues, de retomarlos con cierta perspectiva. ¿Qué sorpresas nos brinda? Para algunos, el comportamiento de los rusos fue torpe e inesperado. ¿Es que nada ha cambiado? Para otros, las decisiones de los rusos respondieron casi puntualmente a la lógica interna del sistema. ¿Es que nada pasó?

En primer lugar, la cuestión checoslovaca es ejemplar porque demuestra hasta la saciedad lo que mueve y conmueve a una monocracia totalitaria, como la soviética. Por lo pronto, la **ideología**, entendida como un absoluto temporal, como una religión secular que sólo interpretan y conducen los que comandan el "cuarto de máquinas", como diría Jouvenel. El "cuarto de máquinas" no está en Praga, sino en Moscú. Y Moscú es la cabeza visible de un gran imperio "ideocrático", de un sistema político gobernado por la ideología que los rusos revisan e interpretan, pero que en cada caso son los únicos —dentro de su sistema imperial— que revisan e interpretan y luego traducen en decisiones concretas. Por lo tanto, podría decirse que son los únicos realmente **soberanos** dentro del sistema, que comprende incluso los países de Europa oriental ubicados dentro del famoso triángulo "geopolítico" que los militares rusos siguen juzgando decisivo para la seguridad nacional. Los demás no son so-

beranos, sino "provincias" del imperio donde bullen sentimientos nacionalistas reprimidos por las limitaciones de la monocracia imperial.

En segundo lugar, la cuestión checoslovaca revela, por su desarrollo, que el país "rebelde" se proponía algo más que una transformación dentro del sistema. En rigor, había planteado el cambio **del** sistema en sí mismo. Sólo así se comprende mejor la actitud rusa. Un marxista diría, siguiendo a Hegel, que la "democratización" y el "humanismo" socialista de Dubcek y su gente representaba algo más que una liberalización progresiva del régimen: significaba el **cambio** del régimen de una monocracia a una suerte de democracia socialista, o sea una conciliación de la tradición **liberal** checoslovaca con la nueva tradición socialista de la postguerra. Allí estaba, pues, el peligro: el verdadero peligro era que el poder se "abría" a la competencia exterior, a la libertad relativa pero vigente de la expresión pública, a la segura formación de grupos de recambio fuera del único canal de acceso que representa el partido Comunista. ¿Hasta cuándo se puede liberar sin modificar la naturaleza del régimen? Los rusos no aceptaron conocer el límite.

Torpes pero coherentes, saben que el riesgo de una monocracia es aceptar el principio de las reglas de juego de un sistema pluralista, aunque fuera de manera parcial.

Por fin, la cuestión checoslo-

vaca demuestra la vigencia de ciertos valores en conflicto: la seguridad nacional rusa frente al renaciente nacionalismo liberal checoslovaco; los intereses económicos del imperio frente a la apertura competitiva de los checos; el deseo de comunicación internacional de éstos frente a una Alemania Oriental asediada por su hermana y vecina.

Y revela también que la tensión entre concepciones relativamente divergentes aumenta en el seno de la conducción soviética, que no sólo enfrenta problemas en el seno del gran sistema comunista, sino dentro de sus fronteras.

Los informes económicos y políticos que proceden de la Unión Soviética, expresan contradicciones más profundas que las que los propios enemigos de la U.R.S.S. suelen exponer. Porque entre los riesgos formidables de las monocracias —comunistas o no, poco importa en cuanto tales— está el de su esclerosis, el de su incapacidad sobreviniente para los cambios necesarios y, naturalmente, el del temor a las llamadas "libertades formales". Porque con éstas pasa como con el aire: se nota que son "reales"... cuando faltan. Y si bien los rusos padecen menos la carencia porque nunca, en su terrible y fascinante historia, las conocieron bien, lo que han hecho con los checos demuestra que cuando les niegan a ellos ciertas libertades, quieren en realidad que el pueblo ruso sepa que no pueden pensar en ellas.

Carlos Temple